

# Tratamiento - La Suprema.

Todos los derechos reservados. Cumbia Films SAS, 2022.

Dirigida por Felipe H. Caro | Producida por María Teresa Gaviria

Escrita por Felipe H. Caro & Andy Sierra | Guión Original: Manuel J. Triviño

## Nota al Escritor:

El Tratamiento es el documento que escribirás justo antes de escribir el Outline de tu película. Este caso de estudio recoge lo que enseñé en el libro **“¿Así que quieres escribir una película?”** Utilízalo como una guía para crear tu propio Tratamiento.

## **LA SUPREMA**

### **Tratamiento**

En un pequeño pueblo afrocolombiano llamado La Suprema, ubicado entre las montañas y la vegetación de la región Caribe, no hay luz eléctrica, agua corriente ni puesto de salud. Tampoco aparece en los mapas. Pero sus habitantes están acostumbrados a vivir allí.

En medio de ese pueblo de casas de bahareque, caminos de tierra y techos de zinc, Laureana, una adolescente de dieciséis años, se mira frente a un viejo espejo de su habitación, mientras intenta reproducir la posición de un boxeador que aparece en un recorte de periódico.

Cuando su abuela Pabla la llama para que salga a vender alegrías, Laureana abandona rápidamente su pequeño ritual, esconde el recorte de periódico debajo de su ropa y vuelve a su vida cotidiana.

Su tío Anastasio “Medialuna” Páez, nacido en La Suprema, está a punto de disputar en Maracaibo el título mundial de los pesos medianos de boxeo. La noticia aparece publicada en un periódico que Laureana compra con el dinero de las alegrías que ha vendido. Al leerla, sale corriendo a toda velocidad.

Atraviesa caminos, cultivos, un riachuelo y los alrededores del pueblo hasta encontrar a Carmelo y Ramón, dos jóvenes de su edad. Quiere saber dónde está Efraín, el padre de Ramón y antiguo entrenador de Anastasio. Cuando finalmente lo encuentran, Laureana descubre que Efraín no comparte el entusiasmo. Para él, aquella pelea pertenece al pasado.

Efraín entrenó a Anastasio cuando ambos eran jóvenes. Había depositado grandes esperanzas en él, pero los dos terminaron enfrentados y dejaron de hablarse. Ahora Efraín trabaja en la ciudad y lleva una vida humilde junto a su esposa Rosalía y su hijo Ramón. Laureana insiste. Para ella, la pelea no pertenece solamente a Anastasio. Pertenece a todos.

La noticia provoca una celebración espontánea en La Suprema. Pabla canta bullerengue junto a los músicos del pueblo mientras los habitantes brindan por el boxeador. Laureana, Carmelo y Ramón, apartados del festejo, empiezan

a pensar cómo podrían ver la pelea. Hay un problema: en La Suprema no hay televisión.

Los tres imaginan distintas soluciones. Primero piensan en viajar a Cartagena, pero llevar a todo el pueblo resulta imposible. Después piensan en conseguir un televisor y utilizar un viejo generador eléctrico que está en el patio de Celestino, el tío de Carmelo. El plan parece absurdo. Pero Laureana los convence a intentarlo.

Mientras los jóvenes siguen buscando la manera de ver la pelea, Laureana empieza a descubrir algo más profundo sobre el lugar donde vive. En la escuela, Rosalía (esposa de Efraín y madre de Ramón) les habla a sus alumnos de Juan José Nieto, el primer y hasta entonces único afrocolombiano que había ocupado la presidencia de Colombia. También les cuenta que, al igual que a La Suprema, a Nieto lo borraron de la historia.

Laureana pregunta por qué. Entonces descubre que un antiguo político de Bolívar, Crisanto Valdés, había conseguido que La Suprema desapareciera de los mapas porque se avergonzaba de haber nacido en un pueblo de negros.

La noticia golpea a Laureana. Su pueblo existe, pero para el resto del mundo parece no existir. La frase queda resonando en ella.

Mientras tanto, su propia vida empieza a entrar en conflicto con las expectativas de su abuela. Pabla quiere que Laureana se vista como una señorita, que use vestidos y que algún día se case y tenga hijos. Laureana no quiere eso, pero no se atreve a revelarle el por qué a su abuela.

Después de intentar encender la planta vieja con un poco de gasolina, y descubrir que nunca va a funcionar, los tres amigos deciden que la mejor forma de ver la pelea es traer corriente desde un generador que hay en una finca a cierta distancia del pueblo. Además, tendrían que convencer a todos en reunir el dinero para comprar un televisor en la ciudad más cercana: Cartagena.

La mejor persona que conocen para llevarlos a cotizar el televisor es, precisamente, Efraín. Pero este califica el plan como descabellado, incluso cuando los muchachos le recuerdan que en un pueblo cercano, San Basilio

de Palenque, el gobierno les llevó la electricidad cuando años atrás un Palenquero alcanzó el título mundial de boxeo. Los muchachos siguen decididos en convencer a Efraín, tanto que terminan contagiando a Rosalía para que finalmente su esposo acepte a regañadientes llevarlos a la ciudad.

Los amigos se disponen a medir la distancia hasta la vieja finca. El lugar es una casona vieja que quedó al cuidado del viejo Rosendo y su esposa, y efectivamente, cuenta con una planta eléctrica que prenden durante el día.

Esa noche, después de poner al día a su abuela sobre el plan de cotizar un televisor y conseguir cable prestado, Pabla intenta imponerle a Laureana usar un vestido para el viaje a Cartagena. Laureana le dice que nunca se pondrá un vestido, a lo que su abuela responde que entonces no tendrá permiso de ir a Cartagena. Laureana finalmente explota y confiesa lo que hasta entonces había mantenido oculto: ella quiere ser boxeadora.

Pabla se opone. El boxeo, para ella, no es cosa de mujeres. Laureana abandona la casa furiosa y llega hasta la ciénaga. Allí, bajo la luz de la luna, toma una decisión silenciosa: se quita los bollitos que lleva en el cabello y deja su afro al natural.

A la mañana siguiente comienza a entrenar sola. Se pone la ropa vieja de Anastasio, construye un costal improvisado con un saco lleno de tierra y hojas y empieza a golpearlo. No sabe boxear, pero insiste.

Mientras Laureana entrena por su cuenta, Carmelo y Ramón van con Efraín a Cartagena y traen una carretilla llena de cable prestado.

Reunidos en la pequeña plaza del pueblo, la comunidad observa el proyecto con escepticismo. Un televisor cuesta demasiado dinero. Entonces Rosalía propone una solución: vender cosas para reunir la plata, ella ofrece vender bollos de mazorca, el pueblo entero se emociona y empieza a participar.

Esa noche, Rosalía, Efraín y Ramón preparan bollos de mazorca. Pabla y Laureana hacen alegrías. Se siente un aire diferente en el pueblo.

A la mañana siguiente, Laureana sale a vender las alegrías. Así como todas las personas del pueblo que elaboraron productos para la venta.

Laureana viaja en bus hasta otros pueblos, recorre puestos de carretera y ofrece sus dulces a los viajeros. Poco a poco consigue dinero mientras, paralelamente, el resto de La Suprema trabaja para alcanzar el mismo objetivo.

Al caer la tarde, Rosalía cuenta el total recogido, pero el dinero no alcanza para cubrir el costo total del televisor. Todavía necesitan más. La decepción se apodera del pueblo. Laureana se niega a rendirse.

Efraín, que ha observado todo desde cierta distancia, comienza a cambiar de posición, nunca había visto al pueblo tan unido por algo.

Esa noche en su casa, rebuscando en un viejo baúl de cosas viejas, encuentra sus viejos guantes de boxeo. Rosalía lo ve y se acerca, le propone poner parte de sus ahorros para completar el dinero que falta. Ya no se trata solamente de la pelea. Se trata de lo que está ocurriendo en el pueblo: por primera vez, el pueblo entero está unido.

Mientras dobla una ropa recién lavada de su nieta, Pabla finalmente descubre los recortes de boxeo que Laureana ha escondido durante tanto tiempo. Comprende que no se trata de un capricho. Laureana realmente quiere boxear. La muchacha le promete que algún día estará orgullosa de ella. Pabla no responde directamente, pero decide acompañarla.

La siguiente mañana, Efraín va en busca de Laureana para pedirle que lo acompañe a comprar el televisor. Pero al tocar en su ventana, Pabla sale a recibirlo y le dice que ella no está porque desde hace unos días se levanta temprano para ir a entrenar boxeo. Sorprendido, Efraín sale en su búsqueda.

La encuentra golpeando el costal improvisado. Después de observarla durante unos segundos, comienza a corregir su técnica. Laureana se sorprende. Le pregunta si la va a entrenar, pero él sin responderle, le dice que primero tienen que ir a Cartagena a comprar el televisor. La pelea es esta noche y no hay tiempo que perder. Ambos emprenden el viaje.

Para Laureana, la ciudad es otro mundo: edificios altos, tráfico, buses, motos y personas por todas partes. Llegan a una tienda de electrodomésticos donde

Efraín había visto un televisor a un precio que podían pagar. Pero el precio ha cambiado y el descuento ya no existe; no les alcanza el dinero. Laureana protesta. El vigilante interviene queriendo sacarlos de la tienda físicamente. Laureana reacciona y lo golpea. Efraín intenta defenderla y termina involucrado en el altercado. La vendedora empieza a llamar a la policía.

Mientras tanto en La Suprema, Carmelo y Ramón van tirando el cable desde la plaza hasta la finca de Rosendo. Ramón propone pedirle permiso a Rosendo, pero Carmelo le dice que sería mala idea, porque él trabajó con Rosendo un tiempo y sabe que es un viejo cascarrabia y no les daría permiso. Así que siguen con el plan de conectar el cable a escondidas.

Efraín y Laureana están detenidos en una pequeña celda en la estación de policía. Después de un largo silencio, finalmente conversan del pasado: Efraín explica a Laureana por qué dejó el boxeo: cuando era joven, un empresario le ofreció dinero para perder una pelea. Su entrenador quiso aceptar. Efraín se negó y, después de eso, las puertas del boxeo se cerraron para él. Años después, intentó entrenar a jóvenes del pueblo. Uno de ellos fue Anastasio. Efraín creyó en él y lo entrenó. Tenían planes y sueños, hasta que otro empresario apareció y Anastasio escogió el dinero por encima del deporte. Para Efraín, Anastasio se había vendido.

Laureana escucha su historia. Entonces explica por qué ella quiere boxear. No quiere hacerlo por dinero ni para convertirse en alguien diferente. Quiere boxear porque cuando golpea se siente fuerte y capaz de conseguir cualquier cosa. Y, sobre todo, quiere hacerlo sin tener que convertirse en alguien que no es. No piensa venderse. Efraín la mira. Algo entre los dos acaba de cambiar.

Mientras tanto, en La Suprema, Carmelo y Ramón continúan instalando el cable. Se acercan a los límites de la finca y esperan al momento adecuado para acercarse sin ser vistos.

Se introducen en la finca y conectan el cable al generador pero los perros los descubren y quedan atrapados dentro del cobertizo donde está el generador. Empiezan a discutir hasta que se van a los puños, y así mismo los encuentra Rosendo, apuntándolos con su vieja escopeta.

Los jóvenes terminan admitiendo lo que están haciendo. Carmelo dice que él quería pedir permiso, pero Ramón no lo dejó. Ramón se molesta y empiezan a discutir de nuevo, pero Rosendo los manda a callar. Finalmente, Rosendo decide ayudarlos, pero pone una condición: ellos tendrán que trabajar en la finca, limpiando el corral de las vacas.

De vuelta en la celda, el policía encargado se acerca revisando sus documentos y les pregunta de dónde vienen. Ambos dicen: La Suprema. El oficial responde que nunca ha oído hablar del pueblo y cuando busca el nombre en el sistema, tampoco aparece: como que La Suprema no existe.

Laureana se indigna. No entiende cómo alguien puede decir que su pueblo no existe cuando ella está allí, frente a él. Para Efraín, aquello es una razón más para que los deje ir. Para Laureana, es una razón para luchar. Finalmente, sin muchas más opciones, el oficial los deja ir, no sin antes advertirles que regresen al lugar del que dicen que vienen y que no vuelvan por aquí.

Mientras tanto, La Suprema comienza a prepararse. La plaza se llena de sillas. Se instala una mesa para el televisor. Pabla, Rosalía y los demás habitantes organizan todo. Los niños incluso construyen un pequeño ring improvisado y empiezan a jugar a ser boxeadores. Todo parece listo. Sólo falta el televisor.

Después de salir de la estación de policía, Efraín lleva a Laureana hasta la casa de su cuñada Maribel. Allí descubren que Maribel tiene un televisor. Laureana no pierde tiempo. Le pregunta si lo vende. Finalmente, consiguen comprarlo. Efraín y Laureana salen de Cartagena cargando el televisor y una antena. Ahora sólo tienen que regresar.

Efraín y Laureana consiguen subir a un bus intermunicipal con el televisor. El aparato es enorme y apenas cabe dentro. Pero los pasajeros reconocen a la familia de Anastasio. El conductor y los pasajeros les ayudan. La noticia de que son familiares del boxeador transforma el viaje en una pequeña celebración.

Mientras tanto, en La Suprema, todos esperan. El sol comienza a desaparecer. La gente empieza a encender mechones de gas. Pabla mira hacia el camino. No saben si Efraín y Laureana llegarán a tiempo.

Laurena se desespera viendo los últimos rayos del sol perderse entre las ramas de los árboles, todo parece ir bien hasta que un grupo de soldados detiene el bus para una requisa. Después de pedir el recibo de la compra del televisor, el teniente decide decomisarlo. La desesperanza inunda los rostros de Efraín, Laureana y de todos los pasajeros del bus que antes celebraban. Hasta que el chófer del bus intercede por ellos, señalándolos como familiares de “Media Luna” Páez, lo que genera que todos los demás acompañantes apoyen con que les dejen ir con el televisor.

En el pueblo, empiezan a dar la lucha por perdida, todos creen que el televisor no llegará a tiempo, hasta que uno de los niños grita: Ahí están. Efraín y Laureana aparecen al fondo del camino, agotados, cargando el televisor y la antena. El pueblo entero sale a recibirlos. Laureana ha conseguido lo que parecía imposible.

El televisor es colocado en el centro de la plaza. Carmelo lo conecta, Ramón presiona el botón. El aparato enciende. En la pantalla aparece Anastasio enfrentando a Abelardo Mutón. La Suprema explota de alegría. Todos gritan, saltan y celebran. La pelea se convierte en un acontecimiento colectivo. Los niños empiezan a correr de la emoción, el televisor tambalea un poco a su paso.

En la finca, Rosendo sigue el combate por radio.

De vuelta en la plaza, Efraín mira a Rosalía y le revela que el televisor se lo vendió su hermana Maribel. Rosalía sonríe. Por un instante, todo parece haber funcionado. El pueblo goza y sufre con cada golpe que da y recibe Páez.

De pronto, en medio del combate, la emoción se desborda tanto que los niños terminan empujándose aún más cerca del televisor. El aparato comienza a tambalearse. Todos lo miran. El televisor cae y la pantalla se rompe. Carmelo y Ramón intentan volver a conectarlo, pero una chispa los hace saltar hacia atrás.

Al mismo tiempo, el generador de Rosendo explota y la finca también queda completamente a oscuras.

La fiesta ha terminado. Entre refunfuños y gritos desesperanzadores, la plaza empieza a vaciarse.

Al día siguiente, una periodista aparece en La Suprema. Junto a ella está el mismísimo Gobernador del departamento. La noticia del triunfo de Anastasio ha puesto al pueblo en el foco nacional.

El gobernador felicita públicamente a los habitantes, dice que este triunfo es el resultado de las políticas que han venido implementando para el desarrollo del pueblo, y que viene a entregarle un regalo a la familia del campeón: un televisor nuevo. Algunos celebran.

Efraín se niega a recibirlo. La periodista aprovecha el momento y les pregunta por qué rechazan el regalo. Efraín mira directamente a la cámara. Para él, no tiene sentido regalarles un televisor cuando el pueblo continúa sin electricidad y ni siquiera aparece en los mapas. Laureana se pone de su lado. Los habitantes comienzan a apoyarlos.

En el almacén de electrodomésticos de Cartagena, los televisores muestran las imágenes de la protesta en el noticiero en vivo. La cámara se abre lentamente. Laureana queda frente al lente. La periodista, al verla vestida con la ropa de su tío, le pregunta su nombre y si también es boxeadora, ella responde con seguridad, su nombre es Laureana “La Suprema” Páez y sí: es boxeadora. Todo el pueblo, incluida su abuela, celebra apoyándola.

La periodista despide el reportaje desde La Suprema y algunos compradores que se habían detenido a ver la noticia, siguen su camino por la tienda.

**FIN.**

*\*Nota: este tratamiento ha sido reconstruido a partir del guión final de rodaje de La Suprema para fines pedagógicos. No pretende reproducir una versión histórica de los documentos de desarrollo utilizados durante la escritura de la película.*